



La prostituta y el general

El general retirado de 62 años esperaba a una prostituta en su casa. La mujer tocó a las diez de la noche, pero no venía sola. Cuando el general abrió se metieron a la casa seis miembros de una banda de ladrones de casas. El general resistió la intrusión y recibió un tiro en el brazo derecho. Con el brazo sano echó mano de la pistola que portaba en el cinto y mató a su heridor de un tiro en la cara. Luego hirió a otro en el abdomen. La banda se dio a la fuga. El general retuvo a la mujer. Avisados por el tiroteo acudieron al lugar policías de la zona, a tiempo para detener a uno de los prófugos. El herido en el abdomen murió durante la fuga y fue dejado por sus amigos en la puerta de su casa. La banda entera fue detenida poco después, incluido el marido de la prostituta.

Todo esto sucedió en el barrio de Chimalistac, uno de los más bellos de la Ciudad de México. La mujer tenía 35, su marido 42, los dos muertos por el general, 28 y 35. Todos eran "parte", informa David Saúl Vela en su excelente nota de *MILENIO*, "de una banda dedicada al robo de residencias, mediante la prestación de servicios de masajes". (6/2/09)

No he oído sino celebraciones del general y su eficacia defensiva. He oído, en particular, la celebración de su índole mortífera:

"Les dio su merecido, me hubiera gustado hacer lo mismo". Más aún: "Me da envidia el general".

Pensé, mientras oía, que el general había vengado agravios reales e imaginarios de muchos ciudadanos. Todos esos ciudadanos en algún momento habían imaginado la escena en que un grupo de asaltantes entra a su casa y es repelido mortíferamente por propia mano, tal como hizo el general.

Pensé que el miedo al asalto y a la indefensión frente al asalto ha trabajado demasiado tiempo nuestra imaginación. Tanto, que rutinariamente hay en nuestra cabeza la asechanza de que seremos víctimas de algo grave en algún momento, nosotros o nuestros seres queridos: un asalto, un secuestro, una agresión mortal.

Y hay también en nuestra cabeza la correspondiente fantasía, violenta y justiciera a la vez, de que en algún momento somos capaces de repeler esa amenaza por nuestra propia mano, infligiendo a los agresores un castigo terminante y terminal.

Otra forma de desear la pena de muerte, ahora por propia mano y con estricto apego a la ley: en defensa de la propia integridad y el patrimonio propio.

El general de Chimalistacha satisfecho parte de las fantasías justicieras de una ciudadanía que teme y odia lo que teme. ■■

acamin@milenio.com

